

## RECENSIONI

---

**Salvador CAYUELA SÁNCHEZ, Klaus SCHRIEWER, Damián O. MARTÍNEZ (eds)** | *Dialécticas de la alteridad: Antropología y marxismo a comienzos del siglo XXI*, Barcelona, Ediciones Bellaterra, 2018, pp. 239.

Coincidiendo con el segundo centenario del nacimiento de Karl Marx, una multitud de publicaciones ha aparecido en el amplio campo de las ciencias sociales. La gran recesión del 2008-2009, la débil recuperación que siguió y la amenaza de una nueva crisis mundial sin duda han contribuido al resurgimiento de este interés en las ideas de Marx, no visto desde el auge de los años 70. En esa tónica, es de agradecer la publicación de un volumen en lengua castellana que se replantee la relevancia de las ideas de Marx para la antropología y proponga nuevos retos.

El libro consta de ocho capítulos, de los cuales tres revisan las aportaciones del marxismo en tres campos de la antropología: ecología, paz y salud (capítulos 2, 6 y 8 respectivamente). Otros tres capítulos (3, 4, y 5) desarrollan la tesis de “los modos de vida”. Los dos capítulos restantes (1 y 7) son traducciones al castellano de textos previamente publicados por Maurice Godelier y Patrick Neveling.

Los capítulos que tratan “los modos de vida” se basan en la tesis original del antropólogo danés Thomas Højrup (coautor de capítulo 3 junto con Klaus Schriewer), que intenta desarrollar el concepto marxista de clase social que Marx no llegó a conceptualizar de una manera explícita. Los “modos de vida” serían formas culturales duraderas, diferentes formas de praxis que están ligadas a formaciones sociales y modos de producción concretos (p. 83).

El capítulo 3 diferencia entre tres modos de producción básicos que coexisten en la actualidad: capitalista, simple y sector público. Esta es una afirmación problemática como veremos. El capítulo 4 (Salvador Cayuela), en la misma tónica, trata de la producción mercantil simple en la agricultura como un “modo de producción”. Compara la pequeña explotación agrícola descrita por Chayanov con la pequeña producción y el modo de vida de los autónomos agrícolas actuales. Se concede que la producción simple está integrada en el sistema capitalista e incluso que la producción familiar agrícola se pue-



de considerar capitalista (p. 115). Sin embargo, se concluye que “la producción mercantil simple propia de los trabajadores autónomos ... puede ser considerada ... un modo de producción diferente al capitalista” (p. 113).

Los capítulos 4 y 5 (Gabriel López) describen la “cultura del autónomo” basada en el trabajo sin jefe, sin límite de la jornada de trabajo, que no distingue entre costes de empresa y costes privados. El trabajo no es un medio, sino un fin en sí mismo. El capítulo 3 trata del modo de vida del especialista inversor en el capitalismo financiero. En la conclusión se menciona que el modo de vida del especialista se impone como ideología y ética del trabajo en general: “se puede observar [en el siglo XX] un cambio de una hegemonía de la cultura de los trabajadores hacia una creciente importancia de los valores y rasgos vinculados con el modo de vida del especialista ... vinculado con el auge del neoliberalismo” (p. 100).

Esto indica que el “modo de vida” no está ligado exclusivamente a lo que los autores denominan “modo de producción”, e incluso que pueda estar desligado, como claramente indica la cita anterior. Sin embargo, no se considera este punto. Otro problema con la tesis de los modos de vida es el concepto “modo de producción”. La comparación entre los campesinos de Chayanov y el autónomo actual en el contexto capitalista lo ejemplifica. La producción simple no es un modo de producción en el sentido en el que capitalismo es un modo de producción. Se da producción simple en diversos modos de producción, pero en el capitalismo lo que este “modo” de producción simple produce son mercancías cuyo valor (o más bien el valor de la fuerza de trabajo) se rige por la ley del valor descrita por Marx. Por otra parte, es improbable que el modo de vida de los campesinos de Chayanov se parezca al de los autónomos en la sociedad capitalista por más que se puedan “compartir” rasgos generales, en contextos totalmente diferentes, como la ausencia de la distinción salario-beneficio.

El texto de Godelier (capítulo 1) trata de transiciones al capitalismo y de la “pluralidad de bases económicas” en las que se asienta este modo de producción. En ese sentido está vinculado a la discusión de los “modos de vida”. Sin embargo, el texto de Godelier peca en ocasiones de una aproximación poco flexible al marxismo. Afirma el autor francés que no se confirma la hipótesis central de Marx de que los modos de producción materiales y sociales de producción constituyen el cimiento general de la vida social. Da como ejemplo, entre otros, el caso del cristianismo, que “en ningún caso debe a esos diversos modos de producción [esclavismo, feudalismo, capitalismo] su existencia” (p. 31). De hecho, Godelier afirma lo contrario, “no es el desarrollo de nuevas fuerzas productivas lo que hace nacer nuevas formas sociales de producción, sino que son la aparición y el desarrollo de nuevas formas sociales de producción las que desencadenan el desarrollo de nuevas formas productivas” (p. 49).

Marx y Engels eran más flexibles (y dialécticos) en sus análisis. Un Engels tardío recordaba a los que se decían marxistas, sobretodo a los mecanicistas y deterministas que,

La situación económica es la base, pero los diversos factores de la superestructura que sobre ella se levanta [...] ejercen también su influencia sobre el curso de las luchas históricas y determinan, predominantemente en muchos casos, su forma (Carta a Bloch, 21- [22] de setiembre de 1890).

En cuanto a los capítulos temáticos, o de revisión, el capítulo 6 (Carmen Egea y Francisco Checa), sobre la Paz, comienza con un análisis interesante de la conexión entre violencia y paz en el marxismo clásico. Luego se intenta exponer una “teoría” alternativa sobre la paz “como comadrona de la historia”, pero no se ofrece un argumento sólido. Un problema importante es que no se diferencia entre violencia individual y violencia estructural. Eso le hace pecar al argumento de utópico e inconcreto.

Los capítulos 2 (Dolors Comas) y 8 (Juan Rico y José Palacios) hacen una revisión de la antropología de inspiración marxista en los campos de la ecología y la salud, y son útiles para quienes estén interesados en esas áreas. Las primeras doce páginas del capítulo 8 podían perfectamente haber constituido la introducción al libro, que es de lo que este volumen adolece. Incide al igual que el capítulo 2 en la atención que el marxismo presta a las desigualdades sociales y a la producción de la desigualdad como rasgo saliente del modo capitalista. El capítulo 8 introduce el término “molecularización” en el contexto de planteamientos Gramscianos interesados en los procesos de “*embodiment*” y la “*agency*” de los sujetos sociales (p. 224): una antropología que no se queda en los macroprocesos. Quizá ese énfasis en los procesos moleculares, o microprocesos, sea lo que el libro podría inspirar como relevante para la antropología actual, pero eso debería haberse desarrollado en una introducción y en una conclusión. La idea de lo molecular, no obstante, es parcial. El texto de Patrick Neveling (p. 7) sobre las zonas francas de explotación (ZFE) supone un esfuerzo extra: huir de dicotomías como global-local, macro-micro y describir cómo estructuras globales están insertadas localmente.

El libro tiene sus claros y oscuros, pero muestra la pertinencia y la multitud de vías para seguir elaborando una antropología inspirada en la fuente inagotable de los escritos de Marx.

**Francisco ARQUEROS**  
Universidad de Almería  
arqueros@ual.es